

El Teatro de las Cifras Invisibles

Barry Allen siempre fue un hombre de cuentas claras. Trabajaba en el segundo piso del Instituto Psiquiátrico Horwitz Barak, en la oficina de contabilidad con vista al patio donde apenas crecía pasto. Cada mañana llegaba puntual, saludaba con un leve gesto y se perdía entre balances, presupuestos y facturas de insumos clínicos.

El instituto tenía más de 150 años de historia, pero a él solo le interesaba lo que cuadraba en la hoja de cálculo. Hasta que un día, revisando compras menores, notó algo que no encajaba: pinceles, témperas, hojas de dibujo, máscaras teatrales. Nada de eso figuraba en los presupuestos aprobados. A un costado, un documento firmado por una técnica en enfermería que ya no figuraba en la nómina: Iris West.

Movido por la inquietud, bajó hasta la lavandería –hoy monumento nacional–, donde sabía que trabajaban algunos de los funcionarios más antiguos. Preguntó por Iris, y la respuesta fue breve:

–Iris se jubiló hace un tiempo. Pero si quieres entender esos gastos... anda al teatro.

El Teatro Grez, un edificio abandonado dentro del instituto, resistía como un esqueleto patrimonial. Hacía décadas que no funcionaba oficialmente, aunque las historias internas decían otra cosa. Esa tarde, después del fin de la jornada, Barry se dirigió hasta el teatro. La puerta estaba entreabierta. Adentro, la penumbra dejaba entrever bancos polvorientos, telones rasgados y algo más: en el centro del escenario, había un cuaderno con hojas sueltas. En la portada, escrito con letra firme, decía “Registro de funciones no autorizadas. Año 2001-2008. Responsable: Iris West”.

Barry hojeó con cuidado. Cada página contaba una sesión: pacientes que dibujaron su infancia, enfermeros que recitaron poemas, internas que bailaron en silencio. No había informes, solo testimonios, palabras sueltas, fragmentos de humanidad entre las sombras. Las actividades se habían mantenido en secreto, autofinanciadas con recursos menores que nadie auditaba a fondo. No para ocultarlo, sino para proteger. Entonces comprendió: esas cifras irregulares eran parte de una contabilidad paralela, no financiera, sino emocional.

Barry se sentó en una de las butacas. En el silencio del teatro vacío, sintió que algo cambiaba. Ya no era un contador midiendo costos, sino un testigo de un sistema que había aprendido a sanar más allá de la estadística. Horas después, Barry pidió una reunión

informal con Iris, a quien contactó a través de una auxiliar. Se encontraron en un café frente al hospital.

–Nunca pensé que un contador me buscaría –dijo Iris con media sonrisa–. Nunca pensé que firmarías algo que no cuadra.

–No todo se puede cuadrar. A veces, sanar es más barato que tratar. Pero nadie hace ese cálculo.

Ese invierno, por primera vez en años, el Teatro Grez fue reabierto oficialmente, bajo un nuevo programa de terapia expresiva interdisciplinaria, validado por el hospital, con fondos presupuestados... y con una sala extra en contabilidad titulada “Gastos terapéuticos de bajo control y alto impacto”.

En la primera función oficial, una paciente recitó un poema frente a un público de internos, médicos y administrativos. Barry estaba sentado en la primera fila. Iris, parada al fondo, cruzó miradas con él. Los aplausos no fueron muchos, pero se sintieron suficientes. Porque ese día, por fin, las historias y los números cuadraron juntos.

Luis Zurita

Mención honrosa

Concurso Literario Letras Vivas, 2025

Recoleta, Santiago, invierno de 2008